Domingo 9 enero 2022
El Evangelio del Bautismo del Señor C

Lc 3,15-16.21-22
Inclinando la cabeza, transmitió el Espíritu

La Solemnidad del Bautismo del Señor, que celebra la Iglesia este domingo, concluye el tiempo litúrgico de Navidad e inaugura el tiempo litúrgico Ordinario. Si exceptuamos el episodio de la pérdida de Jesús en el templo de Jerusalén, cuando tenía doce años (Lc 2,42-51), el primer episodio que lo tiene a Él como protagonista es su Bautismo en el río Jordán. Por eso, con razón se considera que ese hecho es el comienzo de su vida pública y en la liturgia es el comienzo del tiempo Ordinario. Así lo considera Lucas, que al concluir el relato informa: «Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años» (Lc 3,23).

En los cuatro Evangelios aparece primero Juan, como precursor de Jesús. En Lucas, que es el evangelista que seguiremos este año C, el anuncio del nacimiento de Juan a su padre Zacarías precede al anuncio del nacimiento de Jesús a su madre María. Ambos niños tienen un primer encuentro, estando en el seno de sus respectivas madres, cuando María visitó a su pariente Isabel, recorriendo una distancia de 145 km, y permaneció con ella tres meses, hasta el nacimiento de Juan. No sabemos que hayan tenido otro encuentro después. De hecho, después de relatar el nacimiento de Juan, el evangelista lo deja esperando: «El niño crecía y se fortalecía en el espíritu; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc 1,80). Lucas ubica ese día treinta años después, en el año décimo quinto de Tiberio César (29 d.C.): «En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea…, vino la Palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (Lc 3,1.2.3). Necesitaba el río Jordán, porque el rito penitencial adoptado por él consistía en un «bautismo», es decir, una inmersión en agua, como signo de dolor por los pecados y de firme propósito de conversión.

«El pueblo estaba a la espera». Esta observación corresponde a un pueblo que tiene un sentido vivo de Dios y de sus promesas de salvación. Por eso, ha captado que el tiempo del cumplimiento estaba cerca. Conocían ellos y meditaban las profecías: «He aquí que Yo hago algo nuevo; ahora está

despuntando, ¿no lo reconocen? … Mi victoria, no está lejos, mi salvación no tardará … si tarda, esperala, pues vendrá ciertamente, y no tardará» (Isaías 43,19; 46,13; Habacuc 2,3).

Juan ha sido el santo que más se ha asemejado a Jesús, hasta el punto de opinar la gente, cuando se manifestó Jesús, que Él era Juan. Esta comparación nos revela cómo era Juan y nos permite comprender lo que pensaba la gente sobre él: «Todos pensaban en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo». Cuando dicen a Jesús sus discípulos: «Unos dicen que Tú eres Juan» (Lc 9,19; cf. 9,7), Jesús no lo desmiente, demostrando su inmenso aprecio por él, a quien define como «más que un profeta» y «el más grande de los nacidos de mujer» (Lc 7,26.28). Pero cuando la gente opina que Juan es el Cristo, Juan lo desmiente enérgicamente, movido por su inmensa humildad, su fidelidad y su amor a la verdad: «Yo los bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego».

La gran diferencia que Juan establece entre el Cristo y él se refiere al bautismo de Uno y otro. Si caracteriza a Juan el bautismo, hasta el punto de ser llamado «Juan el bautista», el que viene también instituirá un bautismo; pero ¡qué diferencia!: «Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego». Es probable que en su origen esta expresión describiera la separación del grano y la paja, que se hacía pisando las gavillas para desprender el grano y luego separando la paja lanzandola al viento –espíritu– con la horqueta, como lo explica Juan: «En su mano tiene la horqueta para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará con fuego que no se apaga» (Lc 3,17). Pero es claro que el evangelista quiere referirse al Bautismo cristiano, cuyo efecto es la efusión del Espíritu Santo. Es lo que ocurre en el Bautismo de Jesús.

«Bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy”». Debemos responder a las preguntas: ¿Es que no tenía Jesús ya el Espíritu Santo… siendo el Hijo no ha sido engendrado por el Padre desde antes del tiempo? No sólo posee Jesús el Espíritu Santo, sino que Él lo comunica, pues el Espíritu Santo «procede el Padre y del Hijo». En lo ocurrido en el Bautismo de Jesús se refiere al Hijo de Dios hecho hombre. Es un hombre, como nosotros, Jesús, quien recibe el Espíritu Santo en forma visible y quien es proclamado Hijo de Dios engendrado

como tal en ese «hoy» de su Bautismo. Así se revela que el ser humano –todo el que posee la naturaleza humana– está destinado a recibir el Espíritu Santo y, de esta manera, recibir una participación en la naturaleza divina que lo hace hijo de Dios. Podemos afirmar que a cada persona que recibe el Bautismo cristiano, dice el Padre celestial: «Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy». Tiene razón Juan en afirmar la diferencia. El Bautismo cristiano tiene un efecto asombroso del cual aún no hemos caído en la cuenta plenamente. No nos bastará para esto ni toda la eternidad.

Ya a comienzos del siglo V explicaba esto San Cirilo de Alejandría: «Se dice que Cristo recibió el Espíritu en cuanto que Él se hizo hombre y en cuando convenía al hombre recibirlo. Y, aunque era Hijo de Dios su Padre y engendrado de su sustancia, mucho antes de su encarnación, más aun, antes de todos los siglos, no le pesa, sin embargo, después de que se hizo hombre, escuchar a Dios su Padre decirle: "Hijo mío eres Tú; Yo te he engendrado hoy". Él, que antes de los siglos era Dios, engendrado de Dios, hoy es llamado "engendrado", porque nos acoge a nosotros, en Él, a la adopción de hijos. Pues en Cristo, en cuanto verdadero hombre, se encuentra toda la naturaleza humana. Y así, el Padre, que tiene el Espíritu como propio, se dice que lo da al Hijo, para que, en Él, recibamos el Espíritu nosotros. Con este fin, Él asumió la descendencia de Abraham, como está escrito, y se asemejó a los hermanos en todo» (Comentario al Evangelio de Juan, Libro 5, cap. 2).

Juan anuncia ese Bautismo de Cristo como futuro –«Él los bautizará en Espíritu Santo»–, porque, para que nosotros pudieramos recibir el Espíritu Santo, fue necesario que lo obtuviera Jesús con su muerte en la cruz. Antes de eso, «aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado aún» (Jn 7,39). Pero, cuando Él murió en la cruz, «transmitió el Espíritu» (Jn 19,30). Este es el don admirable que recibimos en el Bautismo y que se acrecienta en la Confirmación y la Eucaristía.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles